

RESPUESTA AL DEBATE 14 : GUERRA CIVIL

Carlo Nasi*, William Ramírez Tobón**, Eric Lair***

Carlo Nasi: Haré dos breves comentarios a las respuestas de mis colegas publicadas en el número anterior de esta revista. Estoy en desacuerdo con la aproximación del profesor Lair, que da a entender que es inadecuado caracterizar al caso colombiano como “guerra civil”. Aunque mis propias respuestas explican las razones del desacuerdo, quisiera agregar lo siguiente. Por una parte, es muy difícil encontrar ejemplos de conflictos violentos intraestatales donde –parafraseando a Lair– la población civil “toma las armas para enfrentarse entre sí y con el Estado”, o donde las poblaciones tengan “protagonismo y centralidad en las dinámicas del conflicto”. Dada la escasez de referentes empíricos, el término “guerra civil” tendría poca utilidad analítica, si se toma en ese sentido. Además, la forma en que Lair emplea el término “guerra civil” no especifica un umbral de inclusión ni el tipo de participación de los civiles. ¿Cuántos civiles tienen que tomar parte en las acciones armadas para poder hablar de una verdadera “guerra civil”? ¿Basta con un cuarenta por ciento? ¿Se requiere de la totalidad de la población civil? ¿O algún intermedio? En cualquier caso, ¿cómo se justifica un porcentaje y no otro? ¿Se requiere que los civiles participen en combates o basta con que contribuyan a la dinámica del conflicto en calidad de informantes o simpatizantes? Dados estos problemas y ambigüedades, yo me inclino por utilizar el concepto “guerra civil” para identificar genéricamente a distintos tipos de guerras internas en contraste con las internacionales. Por supuesto, luego de plantear la categoría general de “guerra civil”, se puede especificar si se trata de una guerra étnica, religiosa, de guerrillas y demás. Pero lo que quiero enfatizar es que el grado de involucramiento de los civiles en la dinámica de cada conflicto es una variable que vale la pena estudiar empíricamente. Si, en cambio, se vuelve un elemento constitutivo del concepto mismo

de guerra civil, el rol de los civiles se presume y ni siquiera hay que hacer el esfuerzo de investigarlo. Por otra parte, considero que la noción de “guerra contra los civiles” utilizada por Lair (y aparentemente tomada de Pécaut) es innecesaria y confunde los términos del debate. Es una noción que pretende innovar en el lenguaje a partir de una práctica que se observa en Colombia. Ello, sin embargo, desconoce que autores como K. J. Holsti han planteado que el terror en contra de los civiles es una característica básica de las “guerras civiles” contemporáneas. Es decir, la victimización de civiles no es algo que diferencie a Colombia de las guerras que han padecido países como Perú, El Salvador, Guatemala, Sierra Leona, y tantos otros. ¿Para qué introducir un término nuevo si se refiere a una práctica común a muchas guerras intraestatales desde la Segunda Guerra Mundial –e incluso antes–? La innovación terminológica tiene otro inconveniente, que es exagerar el carácter sui generis del conflicto en Colombia, lo cual nos deja sin puntos de comparación. Por eso yo prefiero acudir a términos más convencionales tipo “guerra civil” o “guerra de guerrillas”, que son perfectamente compatibles con el uso de estrategias de terror en contra de la población civil. Frente a los planteamientos del profesor Ramírez me queda una inquietud. Ramírez da a entender que si en Colombia hay una guerra civil, las negociaciones de paz pueden llevar a transacciones en materia del proyecto de Estado y de la sociedad. Por el contrario, si no hay “guerra civil” y los actores armados son simples aparatos criminales, se pregunta Ramírez, ¿qué paz se puede construir?

Aunque esta pregunta es importante, quizás Ramírez mantiene una dicotomía un tanto artificial entre “guerra civil” y “empresa criminal”. Así sea cierto que el conflicto armado se ha degradado en las últimas décadas, no hay que olvidar que la guerra siempre ha sido en cierta medida una empresa criminal. Al margen de las justificaciones ideológicas, religiosas o de otra índole, las guerras casi siempre han conllevado una depredación de recursos y propiedades, así como toda suerte de actos criminales por parte de los grupos armados (piénsese en el rol histórico del botín de guerra, la violación de mujeres en territorio enemigo, como práctica común, etc.).

¿Afecta esta criminalidad el tipo de paz que se puede construir en Colombia? Sin lugar a dudas. Pero no comparto del todo la alarma que manifiesta Ramírez de cara al futuro. Los grupos armados en Colombia siempre han mantenido un discurso. Por mentiroso que parezca (o

* Ph. D. en Ciencia Política, Universidad de Notre Dame. Director de Especializaciones del Departamento de Ciencia Política, Universidad de los Andes.

** Sociólogo e historiador. Director del IEPRI Universidad Nacional.

*** Profesor de relaciones internacionales, Universidad Externado de Colombia. Profesor Academia Diplomática San Carlos.

sea) frente a los hechos, el discurso de los actores armados se ha utilizado para justificar la violencia. Es decir, los grupos armados nunca han aceptado cometer actos de violencia por gusto o simple codicia. La violencia la han justificado en función de algo más, como atacar a la injusticia, avanzar hacia una mayor equidad, o redimir la patria. Lo importante aquí es que los grupos armados están amarrados por su propio discurso, así sus actos sean criminales. Si llega a haber negociaciones de paz, los grupos armados no pueden simplemente hacer caso omiso de las justificaciones discursivas que han empleado para hacer correr tanta sangre durante tantos años. De ahí que la agenda de paz probablemente incluya asuntos de interés público y no solo prebendas particulares para los grupos armados.

William Ramírez Tobón: Tres preguntas nos fueron planteadas a Carlo Nasi, Eric Lair y a mí, en el debate sobre la guerra civil publicado en el número anterior de esta revista. En la primera de ellas: ¿considera usted que el conflicto armado que experimenta el país es una guerra civil?, Nasi y yo coincidimos en una respuesta afirmativa.

En mi caso, ya había propuesto a mediados del año 2.000 que tal como lo señalaba Peter Waldmann, “no existe *el o solo un* prototipo de guerra civil, sino que el concepto abarca un amplio espectro de posibles fórmulas o soluciones”¹. Con esta cita quería advertir sobre la fácil postura de quienes sobre la base de dos ejemplos históricos, las guerras norteamericana y española, se permiten generalizar el carácter central de las guerras civiles como la división de la sociedad, a la manera de un gran pastel, en dos únicos y palpables pedazos. En cuanto a Lair, opuesto a definir nuestro conflicto armado como una guerra civil ya que ello “sería caucionar la banalización del término y no otorgarle mayor contenido conceptual”, empieza por recordar en su respuesta que la idea de “guerra civil” es “particularmente polisémica”, lo cual se presta a “interpretaciones divergentes e inclusive imprecisas”. Lo curioso es que Lair cae en la tentación de alimentar tal polisemia al acuñar su propia definición (guerra civil parcial o forzada para la población), sin renunciar a la alternativa de adherir a otra noción, esta vez de sus colegas académicos franceses, la cual, pese a

su refinamiento verbal, *société prise en otage*, configura un nuevo reduccionismo dentro de la lógica del pastel al partir el escenario del conflicto en dos partes altamente desiguales: un noventa por ciento de sociedad civil como víctima y un diez por ciento de aparato de guerra como victimarios profesionales.

A propósito de esa partición tan desigual de la carga del conflicto, vale la pena recordar que con el tiempo transcurrido, un poco más de tres años, desde que en el medio académico colombiano se formalizó la discusión sobre la guerra civil, ya es evidente que dentro de este debate se mueven hipótesis y conclusiones que por sus efectos estratégicos en el campo de las representaciones político-militares desatan variadas resistencias ideológicas. Dentro de estas, sobresale la renuencia a reconocer que el conflicto armado colombiano es un enfrentamiento entre ciudadanos, para lo cual se deforma la realidad de la violenta fragmentación de nuestra sociedad con nociones dentro de las cuales la guerra aparece diseñada y ejecutada por actores sin sustento social, simples máquinas de guerra que terminan por convertir al conjunto de la sociedad civil en un rehén de su aparato bélico.

Las consideraciones anteriores nos remiten a la segunda pregunta del cuestionario sobre qué implicaciones políticas puede tener el calificar de guerra civil al conflicto actual, pensando concretamente en su confrontación y solución. En este punto, Carlo Nasi plantea implicaciones apenas marginales mientras que para Eric Lair el carácter de guerra civil “deja pensar” que se pueden identificar “con certeza distintos polos antagónicos (con) un fuerte respaldo entre la población”, visión esta que si bien “se aproxima en muy pocas ocasiones a la realidad local”, no tiene validez como generalización. Para mí, por el contrario, la índole de guerra civil es una condición fundamental para reconocer y preservar el sentido político no solo de la actual confrontación, sino también de las negociaciones finales como puertas para abrir la reconstrucción de la sociedad colombiana. No es que la guerra civil deje o haga pensar en fuertes respaldos de la población a los actores armados, sino que ella, independientemente de la masa de apoyo, le da a estos un irrecusable carácter social derivado mucho más del énfasis confesional y la centralidad política de sus proyectos de Estado (para su conservación, reforma o desmantelamiento), que de los índices cuantitativos de su apoyo poblacional. En efecto, el apoyo y colaboración de los civiles a los actores armados no define la naturaleza de la contienda, sino que, como bien lo dice Kalyvas, llega

1 William Ramírez Tobón, “Violencia, guerra civil, contrato social”, en Varios autores, *Colombia cambio de siglo. Balances y perspectivas*, Bogotá, IEPRI- Planeta, 2000, pág. 46.

a ser “un componente del conflicto” y cambia y se redefine según el curso de la guerra y de sus formas de violencia.²

Finalmente, respecto de la tercera y última pregunta, (“¿qué importancia tiene el factor militar frente a otros medios que se utilicen para confrontar esta guerra?”) yo supuse que siguiendo la secuencia del tema, la respuesta debería condicionarse al reconocimiento o no de una guerra civil en Colombia. No lo entendió así Carlo Nasi que explica el factor militar dentro de los términos generales de la lucha por el poder en un conflicto armado. En cuanto a Eric Lair, su respuesta parte del aserto de que “el factor militar es primordial para comprender la trama de la guerra en Colombia”, de lo cual se sirve para hacer nuevos intentos de definiciones elusivas de la guerra civil (“guerra prolongada”, “guerra total interna”) o para consignar una curiosa terminología táctico-militar (“emboscadas oblicuas”, “persecución aérea y elusiva del enemigo”) que, como él mismo lo dice, muy poco tienen que ver con la configuración general del conflicto. Así que, concluye Lair, la guerra se desplaza hacia los ámbitos políticos y económicos y termina por inscribirse “en un conflicto de representaciones donde cada uno de los grupos armados aspira a ser depositario de la defensa del pueblo”. Sin embargo, y de lo que quizás él no es consciente, es de que ese conflicto de representaciones no se da únicamente en el campo de lo simbólico, sino que le da cuerpo a una de las realidades fundamentales de la guerra civil en Colombia: la de que las opuestas representaciones sobre la “defensa del pueblo”, es decir sobre lo que deben ser el Estado y la sociedad civil en los proyectos de país, están personificadas y acreditadas formalmente por unos actores bélicos que reivindican su crítica de las armas como la única crítica social posible y efectiva dentro de un orden de profunda inequidad. Si, como se deduce de lo anterior, la guerra civil confiere, de hecho, un estatuto político a los actores de la contienda, es claro que el factor militar es *uno de los medios*, pero no el único ni el principal, para confrontar el conflicto armado. La guerra civil niega tanto el aniquilamiento físico como el político de los contendientes ya que el proyecto vencedor solo puede, para reconstruir la

convivencia, asegurar un nivel de hegemonía indispensable que le permita integrar socialmente una masa significativa de grupos e individuos tras la tarea de reconstruir el tejido de leyes y normas indispensables para el funcionamiento de la sociedad. La guerra civil, por su propio carácter, implica la salida negociada (ya sea en el caso de transacciones sin derrota militar, o en el de una eventual capitulación) como la única forma de encarar la finalización del conflicto según protocolos de tipo jurídico asimilables por el ordenamiento básico institucional. En fin, esto de la importancia de la definición de “guerra civil” respecto de posibles consecuencias políticas, militares y jurídicas en el campo de la comprensión y regulación del conflicto colombiano no es, como algunos lo dicen, un asunto abstracto o una viciosa complacencia intelectual, sino la vía más adecuada para comprender y regular nuestra conflagración nacional

Eric Lair: A la luz de las respuestas de los profesores C. Nasi y W. Ramírez en el número anterior de esta revista, la reflexión acerca de la idea de “guerra civil”, empleada para caracterizar la situación bélica en Colombia, es la que más se presta a debates. En desacuerdo con estos dos estudiosos de los fenómenos de violencia, pensamos que la calificación de “guerra civil” plantea una serie de interrogantes no resueltos y contribuye, inclusive, a generar cierta “opacidad” alrededor de la naturaleza de la guerra que azota hoy al país.

Nuestra reticencia inicial a recurrir a la tesis de la “guerra civil” procede en gran parte de la dificultad de sus defensores para precisar las fronteras de una noción, cuyos confines quedan inciertos, a partir de ejemplos históricos comparativos.

En una perspectiva moderna, W. Ramírez sugiere con certeza que esta categoría de conflicto se enmarca dentro de los límites del Estado-nación (aunque pueda tener crecientes dimensiones internacionales), y opone de manera violenta actores políticos y sociales que desarrollan lo que podríamos llamar un “imaginario de guerra colectivo” potencialmente desestabilizador para la cohesión de la sociedad. Por estimulante que sea, este enfoque no discute lo suficiente el papel de la *civitas*, es decir la comunidad de los ciudadanos, en el desarrollo de la dinámica conflictiva para comprender lo que se entiende por “civil”.

Ante la necesidad de profundizar en esta dirección, C. Nasi afirma que no se trata de “[...] atribuirle al concepto de “guerra civil” una extensa lista de propiedades [...]” y da la impresión de satisfacerse de la acepción

2 Stathis Kalivas, “La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría”, en *Análisis Político*, no. 42, enero-abril del 2001, págs. 4 y 10.

particularmente evasiva propuesta por Peter Wallensteen para quien una guerra civil es un conflicto armado de índole interna que causa al menos mil muertes al año (sin que se explique el porqué de semejante delimitación cuantitativa), pretendiendo que dicha definición ha sido aceptada por amplios círculos académicos.

Ahora bien, la referencia a la "guerra civil" no ha suscitado consenso sino controversias e inconformidad en ciencias sociales y políticas, más allá del caso colombiano. Desde la Segunda Guerra Mundial, y en especial al salir del antagonismo "este-oeste", se ha cuestionado paulatinamente su valor heurístico a medida que se iban multiplicando y diversificando los conflictos armados intraestatales. Historiadores como Dimitri Nicolaïdis, Nicole Loraux, Jean-Clément Martin o aún Gabriele Ranzato han puesto en evidencia los "usos y abusos" y las ambigüedades de esta expresión genérica que abarca contextos de una gran heterogeneidad y merece aclaraciones.

Si no intentamos darle mayor contenido conceptual, la noción puede remitir a cualquier guerra interna sin que se sepan cuáles son sus rasgos específicos que la singularizan entre otras. El riesgo es entonces banalizarla, quitarle toda "utilidad" científica por el largo espectro de situaciones bélicas contempladas y, finalmente, "oscurecerla".

Por eso, siguiendo algunas consideraciones de los autores mencionados antes, proponemos una visión estricta o "clásica", articulada en torno a la participación de la población en el conflicto. En complemento de los criterios enunciados por W. Ramírez, la contribución masiva del pueblo al esfuerzo de guerra, con procesos de división y polarización claros del tejido social en distintos bandos, nos parece un parámetro fundamental constitutivo de las "guerras civiles". Por supuesto, es menester agregar que esta participación no es totalmente espontánea y voluntaria ni exenta de prácticas de terror por parte de los beligerantes como lo recuerda C. Nasi. Además, habría que explicitar el alcance de la participación poblacional (motivos, modalidades, fluctuaciones en el tiempo y el espacio, etc.) para dibujar una tipología de las "guerras civiles".

Sin embargo, a diferencia de C. Nasi, consideramos que estos criterios elementales han sido inherentes a varias contiendas armadas, y no casi exclusivamente a las guerras de "secesión" estadounidense y española de los años treinta. Pensemos al respecto en la participación significativa de la población en la trama conflictiva, en:

China, en la época de la lucha entre nacionalistas y revolucionarios; Colombia, durante la "Violencia"; Nigeria, a finales de la década 1960 y el Líbano, entre 1975 y 1992, sólo por citar ejemplos recientes. Al igual que otros escenarios bélicos actuales, el conflicto colombiano se distancia de esta mirada a la "guerra civil" por falta de grandes referentes compartidos entre los protagonistas armados y la mayoría de la población y por la proliferación de actos coercitivos destinados a obligar al pueblo a tomar partido en la confrontación (apoyo popular precario y versátil). De allí, nuestra inclinación por la idea de una "guerra civil forzada" o de una "guerra contra los civiles".

Argumentar que Colombia vive una "guerra contra los civiles" no debe interpretarse en el primer sentido de la palabra. Esta expresión no significa que se haya abandonado la guerra contra el Estado o que las poblaciones sean sistemáticamente eliminadas. Quiere más bien traducir el hecho de que la población se ha vuelto el principal, pero no el único, "centro de gravedad" del conflicto. Ésta es simultánea o sucesivamente el objetivo y el medio de una guerra multidimensional y compleja en la cual los beligerantes procuran debilitar al enemigo o acumular fuerzas, sin agostarse en largas campañas de combates directos. Para concluir, cabe preguntarse si esta reflexión no conduce en filigrana a indagar también en la dinámica militar de la guerra, la cual ha sido poco analizada hasta hora, para ver en qué condiciones se puede esbozar un proceso de negociación involucrando a todos los actores armados. "Reconocer la guerra para construir la paz", en alusión al título de un libro publicado por la Universidad de los Andes, hace algunos años, podría ser uno de los principales retos de la sociedad colombiana en un momento en que se han alejado las perspectivas de una solución negociada al conflicto. Se requieren contribuciones.

Bibliografía

Ramírez Tobón, William, "Violencia, guerra civil, contrato social", en Varios autores, *Colombia cambio de siglo. Balances y perspectivas*, Bogotá, IEPRI- Planeta, 2000, pág. 46.

Kalivas, Stathis, "La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría", en *Análisis Político*, no. 42, enero-abril del 2001, págs. 4 y 10.